

El gesto inútil

Esperpento en el Continental, Suite 1408

El matrimonio Sartre-Beauvoir llegó a Nueva York en 2025 para dar un ciclo de conferencias que nadie les había pedido, pero que la Universidad de Columbia financiaba con dinero de donantes muertos que habrían preferido un ala nueva en el hospital. Se alojaron en el Continental porque el Pierre les pareció demasiado obvio y el Bowery, demasiado honesto.

La suite olía a ambientador de lujo y desesperación corporativa. Simone abrió las cortinas y vio Times Square parpadeando como un infarto de neón. Sartre buscó el minibar, encontró agua alcalina a doce dólares la botella y decidió que el capitalismo había ganado definitivamente.

—Nueva York sigue siendo ruidosa —dijo Simone, dejando caer su maleta de cuero sobre la cama king size.

—Ahora el ruido tiene marca registrada y términos de servicio —respondió Sartre, encendiendo un cigarro a pesar del detector de humo que lo miraba con reproche desde el techo.

Simone sacó su laptop. Una MacBook Air que le había regalado su editor con la esperanza de que escribiera unas memorias. La abrió, ajustó la cámara y se miró en la pantalla como quien se mira en un espejo que sabe mentir.

—Voy a grabar algo.

—¿Para quién?

—Para el abismo. A ver si el abismo me devuelve likes.

El vídeo que nadie necesitaba

Simone se colocó frente a la cámara con esa naturalidad estudiada de quien ha dado conferencias en la Sorbona y sabe que la pose es parte del mensaje. Sartre se sentó detrás, fuera de plano, removiendo un café que ya estaba demasiado removido.

Clic. Grabar.

—Hola. Soy Simone de Beauvoir. Puede que me conozcan. Puede que no. Probablemente no. Estamos en 2025 y he vuelto para ver qué queda del mundo que ayudamos a pensar. Jean-Paul está aquí también, fumando como si los pulmones fueran una sugerencia.

(Pausa. Dos segundos. Los suficientes para que alguien no haga scroll.)

—Hoy todo se mide: likes, seguidores, impresiones. Pero ¿alguien mide todavía el peso de una idea? ¿O es que las ideas ya nopesan nada porque flotan en la nube, entre publicidad de colchones y vídeos de gatos?

(Otro segundo. Mirada directa.)

—La libertad era nuestra bandera. Ahora veo que la libertad se vende en suscripciones mensuales. Diecinueve noventa y nueve al mes. Cancela cuando quieras, pero nunca cancelas realmente.

(Pausa final. Sonrisa mínima, casi imperceptible.)

—En fin. Reflexionen. O no. El algoritmo decidirá por ustedes.

Clic. Subir.

Sartre exhaló humo hacia la ventana.

—Dos minutos justos. Bien calibrado.

—Demasiado largo para TikTok, demasiado corto para importar. Perfecto para 2025.

El contador de vistas empezó a moverse: 200, 800, 3.400.

—Mira eso —dijo Sartre, acercándose a la pantalla—. Ya hay comentarios.

Simone leyó el primero en voz alta:

—@Parsifal_44: "¿Quiénes son estos boomers? El delivery de Uber Eats tiene más filosofía que esto.

Silencio.

—Creímos que el mundo sería un lugar mejor después de que faltamos —dijo Simone, cerrando ligeramente el portátil—. Pero a juzgar por lo que dice @Parsifal_44... el mundo requiere de severos ajustes.

Sartre apagó el cigarro en la taza de café.

—O nosotros los requerimos.

El ágora es un vertedero

A la mañana siguiente, Simone despertó con el portátil abierto sobre el pecho, como una lápida luminosa. La notificación decía: "Tu vídeo ha sido compartido 47.000 veces". Debajo, en letra más pequeña: "12.300 comentarios nuevos".

Se incorporó. Sartre ya estaba despierto, sentado en la mesa junto a la ventana, con el móvil en una mano y un cigarro en la otra, como un oráculo consultando las entrañas digitales del mundo.

—¿Has dormido? —preguntó Simone.

—He leído, que es mucho peor.

—¿Cuánto peor?

—Lo suficiente como para replantear el suicidio filosófico.

Simone se levantó, se sirvió café frío del termo de la habitación y se sentó junto a él. La pantalla brillaba con el fervor de mil idiotas opinando a la vez.

—Lee alguno —dijo Sartre, pasándole el móvil—. Empieza por el que tiene 4.000 likes.

Simone leyó en voz alta:

—@NietzscheBroXXL: "Esta tía habla como si hubiera inventado el feminismo, pero ni siquiera sabe hacer un buen thumbnail. 3/10, no subscrito."

Silencio.

—Tres sobre diez —repitió Simone—. Me ha puntuado. Como si fuera un restaurante en TripAdvisor.

—Sigue —dijo Sartre, sin levantar la vista de su propia pantalla.

—@Actually_Heidegger: "En realidad, Sartre nunca entendió el Dasein. Lo expliqué en un hilo de 47 tweets en 2023. Búscalos."

Sartre dejó el cigarro en el cenicero con demasiada fuerza.

—El "actually". La partícula más violenta del idioma inglés moderno.

—Aquí hay otro —continuó Simone—: @LolaLacan: "Simone reina, pero tu vibe es muy 1949. Actualízate. Ponte algo cute. Menos Sartre, más skin care routine."

Sartre levantó la vista.

—¿Te están pidiendo que me dejes por una crema hidratante?

—Eso parece.

—¿Y cuántos seguidores tiene @LolaLacan?

—Tres millones doscientos mil.

Sartre encendió otro cigarro.

—Hemos perdido, Simone.

—Todavía no.

Simone empezó a desplazarse por los comentarios con la determinación de quien busca algo específico: el insulto perfecto, la estupidez suprema, el comentario que justificaría cualquier acto de violencia intelectual.

Y lo encontró.

—Escucha esto: @Parsifal_44: "Cualquier cantamañanas se cree Kant hoy en día. Solo tengo una palabra para esta señora: náuseas."

Sartre se levantó de golpe, derramando café sobre la mesa.

—¡Nos cita! ¡Nos vomita con nuestras propias palabras!

—Peor aún —dijo Simone, ampliando el perfil de @Parsifal_44—. Tiene una foto de Pikachu con gafas de sol y su bio dice: "Crypto, Stoicism, Gym. No soy tu terapeuta."

—Voy a responderle.

—Jean-Paul, no.

—Voy a explicarle que la náusea no es una palabra. Es una experiencia ontológica. Es el vértigo de la libertad ante la nada.

—Tiene diecinueve años y vive en New Jersey.

—¡Precisamente por eso! ¡Hay que educarlo!

Sartre se puso a teclear con furia de metralleta. Simone lo observó con la resignación de quien ha visto este espectáculo demasiadas veces.

—¿Qué le estás diciendo?

—"Estimado @Parsifal_44: Kant no se improvisa en 280 caracteres. La náusea tampoco. Te recomiendo leer antes de opinar. Atentamente, J-P Sartre."

—Has firmado como J-P Sartre.

—¿Y qué?

—Que vas a quedar como un gilipollas pretencioso.

Demasiado tarde. Sartre ya había pulsado enviar.

La respuesta de @Parsifal_44 llegó en menos de un minuto:

—"ok boomer lmao.

Sartre se quedó mirando la pantalla como quien mira el abismo y descubre que el abismo tiene emojis.

—Simone... ¿qué significa "lmao"?

—Laughing my ass off. Se está riendo de ti, Jean-Paul.

—Voy a responderle otra vez.

—No vas a responderle otra vez.

Pero Sartre ya estaba tecleando de nuevo.

Muros Finos y Grosor Ontológico

La suite olía a colillas frías y desilusión concentrada. Pero un nuevo elemento se había colado en su atmósfera privada: a través de la fina pared del 1410, la voz de @LolaLacan atravesaba el yeso como un taladro de frivolidades.

—¡Bebé, para el stream! ¡Que mi nuevo haul de skincare filosófico tiene que renderizar! —gritaba la voz—. "La esencia precede a la existencia, pero el sérum precede a todo"

La respuesta de @NietzscheBroXXL llegó como un eco complaciente:

—Tranquila, reina. En una hora hemos minteado el NFT del Manifiesto Cripto-Comunista y pagamos la suite. ¡Al capitalismo hay que darle jaque mate con sus propias piezas! Sartre y Simone se miraron. No hacía falta palabras. El infierno, al fin, tenía una dirección postal y un número de habitación contiguo.

—Son ellos —murmuró Sartre, con el cigarro temblando en sus labios—. Nuestro Juicio Final viene con room service y un código de descuento.

Simone no respondió. Su atención estaba clavada en la pantalla de su móvil, donde acababa de aparecer la notificación definitiva: un nuevo comentario de @LolaLacan en su último vídeo.

—Escucha esto —dijo, y su voz era un hilo de hielo—: "No, guapa, no. Tus sofiamas feministas ya no cotizan en Wall Street. He sufrido tu ira a través del tabique y la verdad... ¿Por qué tratas a tu marido como basura orgánica? Yo que tú, me lo haría ver."

Un silencio espeso llenó la habitación. Y entonces, Sartre soltó una carcajada. No era de alegría, sino el sonido áspero y seco de un naufragio.

—¡Ja! ¡Basura orgánica! —logró decir entre risas—. ¡Es lo más lúcido que han dicho! ¡La facticidad del cuerpo reducida a metáfora de compostaje! ¡Es genial!

Simone lo miró. No era el comentario de @LolaLacan lo que había cruzado la línea, sino la risa de Jean-Paul. Ese fue el último hilo. Con una calma aterradora, se levantó y tomó la laptop.

—Tienes razón. Es genial.

—Simone... espera... La dialéctica...

—La dialéctica ha terminado, Jean-Paul. Ahora, solo la física.

Abrió la ventana de par en par y arrojó el portátil a la noche de Nueva York. El aparato giró en el aire, una idea pesada e inútil, y se estrelló con un crujido metálico contra el capó del Tesla de @NietzscheBroXXL, que acababa de salir a fumar su vape.

—¡BROOOOO! ¡MI TESLA! —aulló la voz desde abajo—. ¡ESTO ES CONTENIDO PURÍSIMO! ¡PONME LIKE, FAMILIA!

Simone cerró la ventana. El ruido del mundo quedó fuera.

—Han convertido mi rabia en un diagnóstico de relación y tu complicidad en un chiste —dijo,

recogiendo su bolso—. Necesito un whisky. En el bar. Sola.

Salió. Sartre se quedó solo, escuchando cómo, desde la suite de al lado, @LolaLacan empezaba a grabar un TikTok urgente sobre la crisis existencial de la señora de al lado y por qué el feminismo de la segunda ola necesita terapia de pareja.

El Cínico y Su Cartera de Inversiones

Media hora después, Simone estaba en la barra del Continental, hundiendo su ira en un whisky doble. Un hombre con traje caro se acercó.

—Vaya noche, ¿eh? ¿Eres de las de la... filosofía?

—Soy de las que toman whisky sola. Pero si quieras, puedo ser mucho más descortés. Lárgate. Tengo chico —respondió ella, sin mirarlo.

El hombre retrocedió como si le hubiera escupido un verso de El segundo sexo. Poco después, Sartre se deslizó en el taburete contiguo. No dijo nada. Solo pidió dos whiskys más.

Estaban en su tercer whisky cuando Simone reparó en él.

Al final de la barra, en la esquina donde la luz era más tenue y discreta, había un anciano que no encajaba con nada. Vestía un traje Armani impecable, corte perfecto, gris carbón con un brillo sutil que gritaba "hecho a medida en Milán". El pelo, completamente blanco, peinado hacia atrás con una precisión quirúrgica. La barba, recortada con la simetría de un templo griego. Las manos, cuidadas pero fuertes, sostenían un móvil plegable de última generación con una funda que reflejaba la luz del bar como un pequeño sol obsceno: chapa de oro de veinticuatro quilates.

Hablaban en voz baja, pero suficientemente alta para que cada palabra llegara nítida hasta donde estaban Sartre y Beauvoir.

—Helen, consígueme un paquete de acciones de Tesla por cinco millones. Que no, que no importa si están al alza, me interesa.

Pausa. El anciano tomó un sorbo de algo que parecía agua mineral con gas.

—Puedo estar de acuerdo contigo en que esta subida de ayer responde a un escándalo emocional en Nueva York, pero he visto demasiadas cosas durante demasiados años y esta tendencia es distinta... Sí, por supuesto, y tienes razón: cuanto más se empeñe Elon en ser un bufón, mejor nos irá. Da la orden. Ya. Y mándame después los documentos. Gracias.

Cerró el móvil con un chasquido seco, como quien cierra un libro sagrado.

Simone se inclinó hacia Sartre sin apartar la vista del anciano.

—Hay algo en este anciano que no me encaja.

—Bah —respondió Sartre, removiendo el hielo de su vaso—. Supongo que es uno de los muchos inversores de la vieja escuela.

—Sí, tal vez por eso. De la vieja. Muy vieja escuela.

Sartre levantó la vista y observó al hombre con más atención. Los rasgos. La nariz recta y prominente. La mandíbula cuadrada. La forma en que sostenía el vaso, no como quien bebe, sino como quien examina un objeto absurdo.

—Hm. Ahora que lo dices, algo no cuadra en este anciano. Es muy... extemporáneo. Y ese... perfil grecorromano...

Se miraron fijamente. Y entonces, como si una corriente eléctrica los conectara, pronunciaron al unísono el mismo nombre:

—¡Diógenes!

El anciano giró la cabeza lentamente hacia ellos. Una sonrisa mínima, casi imperceptible, se dibujó en sus labios.

—Vaya. Alguien que todavía lee —dijo, con una voz que sonaba como piedras rodando en un río seco—. Pensé que ya no quedaba nadie.

Se levantó y caminó hacia ellos con la elegancia perezosa de un depredador que ya no necesita cazar. Se sentó entre ambos sin pedir permiso.

—Jean-Paul Sartre. Simone de Beauvoir. Los existencialistas con problemas de WiFi. He visto vuestro numerito en TikTok. Muy entretenido.

—¿Diógenes de Sínope? —preguntó Simone, con una mezcla de incredulidad y fascinación—. ¿El que vivía en un tonel?

—El mismo. Aunque ahora prefiero suites con vistas al Central Park. La austeridad está sobrevalorada cuando tienes dos mil cuatrocientos años de interés compuesto.

Sartre se rio, una risa áspera y nerviosa.

—Esto es surrealista. ¿El cínico original convertido en... qué? ¿Un tiburón de Wall Street?

Diógenes pidió otro agua mineral al camarero con un gesto imperceptible.

—Tiburón, no. Observador. Inversor estratégico. Llamadlo como queráis. Resulta que cuando has vivido lo suficiente, entiendes que el cinismo no es rechazo del mundo, sino comprensión profunda de sus mecanismos. Y los mecanismos, queridos míos, siempre han sido los mismos: codicia, estupidez y pánico. Solo que ahora tienen algoritmos.

—¿Y por qué Tesla? —preguntó Simone.

—Porque Elon Musk es el bufón perfecto. Un rey loco que se cree sabio. Cada vez que tuitea algo idiota, las acciones suben. Es el triunfo del absurdo capitalista. Yo, que me masturbaba en el ágora para escandalizar a los atenienses, lo entiendo perfectamente. Él se masturba en Twitter para escandalizar al mundo. Y el mundo le paga por ello. Es... hermoso, en su horror.

Silencio.

—Entonces —dijo Sartre lentamente—, ¿nos has estado observando?

—Obvio. Vuestro pequeño drama con @LolaLacan y @NietzscheBroXXL ha sido fascinante. Lanzar un portátil por la ventana contra un Tesla... Eso sí es un gesto cínico auténtico. Por fin alguien hace algo real.

Simone lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué haces aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

Diógenes tomó un largo sorbo de su agua y dejó el vaso sobre la barra con un ruido seco.

—Nada. Solo quería conocer a los únicos dos imbéciles en este hotel que todavía creen que las ideas importan más que los likes. Es... refrescante. Anacrónico, pero refrescante.

Pero antes de levantarse del todo, Diógenes se detuvo. Los miró con esos ojos que habían visto el nacimiento y la muerte de imperios.

—El próximo esperpento será dentro de una luna justa. En Dubai. Si queréis, os preparo las reservas. Que no, que para mí es un placer correr con los gastos.

Sartre se incorporó, interesado a su pesar.

—¿Y en qué consiste ese... próximo esperpento?

Diógenes sonrió. Una sonrisa antigua, llena de malicia filosófica.

—*Buscaba hombres honestos* —dijo, citándose a sí mismo desde veinticuatro siglos atrás—. Todavía los busco. Pero ahora sé dónde no mirar.

Y sin añadir más, caminó hacia la salida del bar. Se detuvo ante el camarero, señaló una botella sin abrir de Chivas Regal de 24 años que descansaba en el estante superior, y dijo con una voz que no admitía réplica:

—Esa. Sin abrir. A mi habitación.

El camarero asintió, intimidado por algo que no sabía definir.

Diógenes desapareció en el ascensor. Arriba, en su suite, daría cuenta de la botella entera mientras observaba las luces de Nueva York parpadear como las velas de un funeral interminable.

Sartre y Simone se quedaron mirando el móvil chapado en oro como si fuera una reliquia maldita.

—¿Acabamos de conocer a Diógenes? —preguntó Sartre.

—O acabamos de alucinar el mismo delirio alcohólico —respondió Simone.

Cogieron el móvil. Pesaba como una pequeña barra de oro. Porque, probablemente, lo era.

—Dubai —murmuró Sartre—. Dentro de una luna.

—*Buscaba hombres honestos* —repitió Simone, pensativa—. ¿Qué demonios vamos a ver en Dubai?

No lo sabían aún. Pero ambos sabían que irían.

Ligera subida

En la pantalla del bar, un periodista hablaba del "Incidente Kant-Tesla" y de cómo las acciones de la automovilística, irónicamente, habían subido un dos por ciento.

—Nos han convertido en tendencia —dijo Simone, sin entusiasmo.

—Y en mercancía —añadió Sartre.

—Pero no en recuerdo.

Sartre alzó su copa. Miró el móvil de oro que seguía sobre la barra, brillando como una provocación.

—Por la basura orgánica. Y por los que la arrojan por la ventana.

Simone lo miró. Un destello de la vieja complicidad, la de antes de los likes y los algoritmos, cruzó entre ellos. Cogió el móvil chapado en oro, lo sopesó en su mano, y sonrió.

—Por el gesto inútil —dijo—. El único que nos queda.

Bebieron. Simone guardó el móvil en su bolso. No lo lanzaría esa noche. Pero sabía que algún día lo haría. Y cuando lo hiciera, pensó, Diógenes estaría en alguna parte del mundo, comprando las acciones que subieran con el escándalo.

Afueras, cámaras y paparazis los esperaban. Pero por esa noche, solo había whisky y un silencio que, por primera vez en mucho tiempo, era solo suyo.

En la suite de al lado, @NietzscheBroXXL subía un TikTok titulado: "La señora loca del Continental y su laptop voladora. #EpicFail #FilosofíaLOL". Tuvo 1.2 millones de likes.

Arena en la terraza, Dubai, una luna después

La terraza del Burj Khalifa a las 11 de la noche era un lugar diseñado para que los ricos se sintieran dioses y los dioses se sintieran incómodos. Sartre y Simone estaban en la segunda categoría.

Habían llegado esa mañana en un vuelo de primera clase pagado por Diógenes. Y allí estaba él, esperándolos como un anfitrión del averno: traje blanco impecable que brillaba contra la noche de Dubai, corbata de seda azul oscuro, y esa sonrisa de quien ha visto demasiado y ya nada le sorprende.

Había preparado un palco VIP: sillones de cuero que costaban más que un coche, una pantalla gigante montada en un lateral que recogía en alta definición cada gesto, cada palabra de la discusión que estaba a punto de comenzar en la terraza contigua.

Diógenes se acercó a Sartre con una botella de absenta sin abrir.

—Toma. La muerte no puede golpearte dos veces. Puedes fumar si lo deseas.

Luego se volvió hacia Simone, ofreciéndole una botella de Chivas Regal.

—Por la cirrosis de siempre, Simone.

Simone cogió la botella y la observó con una sonrisa torcida.

—Eres un cabrón, Diógenes.

—Lo sé. Por eso he sobrevivido tanto.

Se sentó entre ambos, señalando la pantalla con un gesto ceremonioso.

—Que empiece el espectáculo.

En la terraza contigua, separada por apenas treinta metros de vacío lujoso, había una mesa de cristal de dimensiones obscenas. Alrededor, un grupo de hombres con kanduras inmaculadas y relojes que valían pequeños países. Y frente a ellos, como gladiadores convocados para un combate estético, dos figuras inconfundibles.

Le Corbusier, con sus gafas redondas y su pajarita impecable, sostenía una tablet como si fuera un manifiesto. A su lado, planos digitales proyectados en el aire mediante hologramas que convertían Dubai en una retícula perfecta de bloques racionales.

Antoni Gaudí, con su barba de profeta bíblico y un traje que parecía cosido por ángeles barrocos, gesticulaba con las manos como si estuviera moldeando el aire. Frente a él, una maqueta holográfica de Dubai transformada en un jardín orgánico de torres que parecían crecer del desierto como hongos de colores imposibles.

Entre ambos, el CEO del Consorcio de Expansión. Voz amplificada, sonrisa de tiburón.

—Caballeros, el tiempo apremia. Inversores chinos, rusos, saudíes esperando. Lo queremos para ya. El presupuesto no es problema. Mucho dinero.

Le Corbusier se ajustó las gafas.

—*Une maison est une machine à habiter*. Dubai debe ser eficiente, modular, racional. Bloques estandarizados, autopistas elevadas. La belleza nace de la función.

Gaudí lo miró como quien mira a un hereje.

—¡Máquina! ¡Siempre tu maldita máquina! La arquitectura es oración petrificada, no un manual de IKEA.

Le Corbusier dio un golpe seco en la mesa.

—Tus torres parecen pasteles de boda diseñados en pleno delirium tremens. Formas arbitrarias, colores sin sentido. ¿Dónde está la eficiencia?

—¿Eficiencia? —Gaudí derramó su café sobre los hologramas—. ¿Me hablas de eficiencia mientras

propones convertir Dubai en una cárcel de hormigón? ¡La naturaleza no tiene líneas rectas! ¡Dios no usa regla T!

—Dios no construye rascacielos, Antoni. Los ingenieros sí.

—¡Por eso los rascacielos no tienen alma!

El CEO levantó las manos, desesperado.

—Caballeros... ¿Podemos fusionar ambas visiones?

Ambos lo miraron con desprecio sincronizado.

—No.

Hubo un silencio tenso. El CEO miraba su reloj. Los inversores esperaban. Gaudí contemplaba sus hologramas orgánicos con tristeza, como quien ve morir un sueño.

Entonces habló, pero no al CEO. Habló a Le Corbusier.

—No es dinero, Corbu. A quién le importa eso ahora. Es posteridad.

Le Corbusier levantó la vista. Por primera vez en toda la noche, lo miró sin desprecio.

—Continúa.

—Tu retícula... —Gaudí gesticuló sobre los planos holográficos— tiene algo que la mía no tiene. Perdura. Se puede mantener. Se puede habitar durante generaciones sin que colapse. Lo mío... —hizo una pausa amarga— lo mío es hermoso, pero frágil.

—Y lo mío —admitió Le Corbusier con dificultad— es sólido, pero muerto. Tus formas tienen algo que ninguna de mis máquinas de habitar tendrá jamás: alma.

El CEO se inclinó hacia adelante, oliendo el acuerdo.

Gaudí señaló el centro del masterplan holográfico.

—El Palacio de Congresos. Dame ese edificio. Y en su techo, un dragón. No negociable. Escamas de cerámica vidriada, cola que abraza la cúpula, ojos que miren al desierto. Un guardián.

Le Corbusier se quitó las gafas y las limpió despacio.

—Acepto el dragón. Pero con una condición: el urbanismo será lineal. Avenidas rectas, bloques modulares, eficiencia en el transporte. Nada de calles orgánicas que se enrollan como intestinos.

—Hecho. Pero con una cesión más.

—¿Cuál?

—Los espacios públicos. Plazas, parques, fuentes. Ahí no pones tus líneas rectas. Ahí pongo mis esculturas orgánicas. Bancos que parecen olas, árboles de hierro, mosaicos que respiran.

Le Corbusier guardó silencio. Desde el palco VIP, Sartre contuvo la respiración.

—Los espacios públicos —dijo finalmente Le Corbusier— son tuyos. Pero el resto... el resto es mío.

Gaudí extendió la mano.

—Trato.

Se estrecharon la mano. El CEO casi llora de alivio.

Desde el palco VIP, Sartre apagó el cigarro en un cenicero de cristal que probablemente costaba lo que un Citroën.

—Que hemos aprendido —dijo, sin apartar los ojos de la pantalla.

Simone bebió un trago largo de Chivas antes de responder.

—Que hasta los genios ceden cuando la posteridad los mira a los ojos.

—No —la corrigió Diógenes, sin moverse de su sillón—. Que hasta los genios saben cuándo están peleando contra el aliado equivocado.

Sartre se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Que Corbu y Gaudí no son enemigos. Nunca lo fueron. El enemigo es ese —señaló al CEO, que ya estaba al teléfono cerrando el trato con los inversores—. El que convierte la posteridad en un plazo de entrega y la belleza en una partida presupuestaria.

Simone dejó la botella sobre la mesa con un golpe seco.

—Entonces, ¿por qué los has traído aquí? ¿Para que se humillen pactando con el dinero?

—No —Diógenes sonrió—. Para que descubran que pactar entre ellos es la única forma de no desaparecer. Solos, son vencibles. Juntos... juntos construyen algo que ni el mercado puede digerir del todo.

Sartre encendió otro cigarro.

—Nosotros no pactamos. Lanzamos laptops por ventanas.

—Exacto —dijo Diógenes—. Por eso perdisteis.

El silencio que siguió fue incómodo, verdadero, sin filtros.

Sartre se puso de pie de golpe, el cigarro temblando entre sus dedos.

—¿Perdimos? ¿PERDIMOS? Nosotros no nos vendimos, Diógenes. No pusimos precio a nuestras ideas. No negociamos con el enemigo.

—No —respondió Diógenes con calma letal—. Simplemente os ignoraron hasta que os convertisteis en memes. Mucho mejor.

Simone dejó la botella y se levantó también. Miró a Diógenes directamente a los ojos.

—Escúchame bien, viejo. Lanzar ese portátil contra el Tesla fue lo más coherente que he hecho en mi vida. No fue una derrota. Fue un acto libre. Un gesto que no pedía permiso, que no esperaba resultado, que no buscaba likes ni posteridad.

—Un gesto inútil —dijo Diógenes.

—El único gesto honesto —replicó Simone—. Porque no sirvió para nada. Porque no cambió nada. Porque fue puro, jodidamente puro.

Sartre dio una calada profunda.

—La existencia precede a la esencia, Diógenes. Nosotros elegimos. Ellos —señaló la pantalla donde Corbu y Gaudí firmaban documentos holográficos— han elegido también. Pero no me pidas que aplauda su pacto con el dinero.

—No os pido que aplaudáis —dijo Diógenes, levantándose finalmente de su sillón—. Os pido que entendáis la diferencia entre morir gritando y sobrevivir susurrando. Vosotros elegisteis lo primero. Ellos, lo segundo.

Simone se acercó a él, peligrosamente cerca.

—¿Y tú? ¿Tú qué elegiste, sabio de mierda?

Diógenes sonrió. Una sonrisa antigua, cansada, llena de verdades incómodas.

—Yo elegí vivir veinticuatro siglos. Y para eso, querida Simone, hay que pactar con todo: con el poder, con el dinero, con el absurdo. La pureza es hermosa. Pero la pureza muere joven.

El boniato cuántico

El vuelo a Shanghái despegó con una puntualidad que ofendía a Sartre. Simone dormitaba con un antifaz de seda negra y auriculares de cancelación de realidad. En clase ejecutiva, @LolaLacan hacía un directo titulado “*Filosofía en el aire: cómo monetizar tu trauma en 3 pasos*”. A su lado, @NietzscheBroXXL editaba un reel con música de trap y citas de Foucault mal traducidas.

Todo iba bien hasta que Lola, en pleno “tip número dos”, levantó la vista y vio a Simone de Beauvoir cruzando el pasillo con un vaso de whisky en la mano.

El micrófono se le atragantó. Literalmente.

—¡COF! ¡COF! ¿Qué... qué hace esa señora aquí?

—¿Quién? —preguntó BroXXL sin levantar la vista.

—¡La Sartre girl! ¡La del portátil volador!

BroXXL miró hacia atrás. Vio a Sartre leyendo un folleto de seguridad con expresión de desprecio ontológico.

—No puede ser. ¿Nos están siguiendo?

—O peor —dijo Lola, bajando la voz—. Nos están adelantando.

El Centro de Innovación de Pudong

El evento se celebraba en un edificio que parecía diseñado por un algoritmo con sensibilidad zen. Techos altos, jardines verticales, y una fuente que recitaba haikus en mandarín con voz de inteligencia artificial.

Diógenes ya estaba allí. Vestía un hanfu de lino blanco y bebía té de jazmín con la parsimonia de un emperador retirado. A su lado, un cartel proyectado en neón discreto: VeritasDAO – Certificando la emoción desde el siglo IV a.C.

Simone y Sartre llegaron con resaca filosófica. Lola y BroXXL, con resaca de ego.

Los anfitriones eran tres ingenieros chinos, jóvenes, serenos, vestidos con sobriedad. Uno de ellos, el doctor Lin Wei, tomó la palabra:

—Bienvenidos. Hoy evaluaremos la propuesta de VeritasDAO y la oferta de hardware H200. Pero antes, una demostración.

Se hizo un silencio reverente. Un técnico colocó sobre la mesa un boniato. Literal. Un tubérculo.

—Este es el modelo Hóngshǔ-Qi, nuestro procesador orgánico experimental. Alimentado por corriente residual y emociones humanas.

—¿Un boniato? —dijo BroXXL, riendo.

—Sí —respondió Lin Wei, sin sonreír—. Pero no cualquier boniato. Este ha sido cultivado en suelo marciano simulado y conectado a una red de sensores afectivos. Detecta ironía, sarcasmo y tristeza pasivo-agresiva con un 97% de precisión.

Lola intentó intervenir:

—Nosotros traemos el H200, con 64 núcleos y refrigeración líquida...

—¿Y cuántas emociones detecta? —preguntó la ingeniera Zhang.

—Bueno... depende del plugin.

—Nosotros no usamos plugins. Usamos poesía.

El juicio de la emoción

Los cinco fueron invitados a participar en una prueba. Cada uno debía contar una historia personal. El boniato decidiría si era auténtica.

Lola habló de su infancia difícil. El boniato parpadeó en rojo: “*Narrativa optimizada para monetización*”.

BroXXL habló de su lucha contra el algoritmo. El boniato emitió un pitido: “*Autoengaño detectado*”.

Sartre habló de la náusea. El boniato se quedó en silencio, como si meditara.

Simone habló del gesto inútil. El boniato brilló en azul: “*Autenticidad confirmada. Nivel: sublime*”.

Diógenes no habló. Solo miró al boniato. Este se inclinó ligeramente, como saludando a un igual.

El veredicto chino

Lin Wei se levantó.

—Apreciamos sus esfuerzos. Pero no necesitamos sus máquinas. Ni sus emociones empaquetadas. Nosotros cultivamos las nuestras. Con paciencia. Con silencio. Con boniatos.

Lola intentó protestar. Diógenes la detuvo con un gesto.

—No insistas. Aquí no se compra autenticidad. Se cultiva.

Simone sonrió. Sartre encendió un cigarro que no estaba permitido.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Ahora —dijo Diógenes—, nos invitan a cenar. Y si tenemos suerte, nos sirven sopa de verdad.

El sueño de la mariposa

La cena se celebró en un salón privado del restaurante más silencioso de Shanghái. No por falta de comensales, sino por diseño: cada mesa estaba separada por biombos de papel de arroz y jardines interiores donde los peces parecían meditar.

Sartre y Simone llegaron con el boniato aún en mente. Lola y BroXXL, con el ego en cuidados intensivos. Diógenes ya estaba allí, como siempre, bebiendo té y mirando una lámpara como si fuera una revelación.

El anfitrión apareció sin anuncio. No caminó: flotó. O eso pareció. Vestía una túnica azul celeste, bordada con nubes. Su barba era breve, su sonrisa infinita.

—Bienvenidos —dijo con voz de viento—. Soy Zhuangzi. Aunque a veces soy una mariposa.

Silencio. Sartre frunció el ceño.

—¿El Zhuangzi? ¿El del sueño?

—El mismo. O el otro. Depende de quién esté soñando.

Simone se inclinó ligeramente.

—¿Y qué haces aquí?

—Observo. A veces río. A veces me disuelvo. Hoy, ceno.

El menú del desapego

El primer plato fue sopa de loto con tofu de nube. Zhuangzi lo sirvió él mismo, sin ceremonia.

—El boniato os ha mostrado la verdad. Pero la verdad no es útil. Solo es.

Lola intentó replicar.

—Pero si no es útil, ¿para qué sirve?

Zhuangzi la miró con ternura.

—Para dejar de preguntar eso.

BroXXL se removió en su asiento.

—¿Y qué hay del algoritmo? ¿Del engagement? ¿Del ROI emocional?

Zhuangzi se sirvió más té.

—El algoritmo es un pez que cree que el río lo sigue. El engagement es una mariposa que no sabe si es humana. El ROI... no me interesa.

Sartre encendió un cigarro.

—¿Y tú qué propones? ¿Que nos disolvamos como humo?

—Solo si el humo quiere. Yo no propongo. Yo floto.

El gesto inútil revisitado

Simone se inclinó hacia Zhuangzi.

—¿Y qué opinas del gesto inútil? De lanzar un portátil por la ventana sin esperar nada.

Zhuangzi sonrió.

—Ese gesto fue perfecto. Porque no buscaba perfección. Fue como el vuelo de una hoja. Sin dirección. Sin propósito. Solo vuelo.

Diógenes intervino por primera vez.

—Pero yo invertí en ese gesto. Subieron las acciones.

Zhuangzi lo miró con una mezcla de compasión y burla.

—Entonces el gesto dejó de ser inútil. Y perdió su alma.

Diógenes bajó la vista. No por vergüenza. Por reconocimiento.

El sueño compartido

La cena terminó sin brindis. Solo silencio. Zhuangzi se levantó.

—Esta noche, soñad. Pero no os aferréis al sueño. Puede que seáis mariposas. Puede que no.

Simone lo miró.

—¿Y tú? ¿Qué sueñas?

—Yo sueño que el boniato ríe. Y que el mundo, por fin, lo escucha.

Se despidió con una reverencia mínima. Luego desapareció entre los biombos, como si nunca hubiera estado.

Sartre se sirvió más té.

—¿Crees que era real?

Simone lo miró.

—No importa. Lo que dijo sí lo era.

Diógenes se levantó. No dijo nada. Pero dejó sobre la mesa una semilla de boniato. Y un gesto sutil: una inclinación de cabeza hacia el lugar vacío donde Zhuangzi había estado.

Hipatia en Dakar

La Biblioteca de la Universidad Cheikh Anta Diop olía a papel viejo y a dignidad. Simone y Sartre entraron con paso lento, como quien no quiere interrumpir el pensamiento. Diógenes los seguía, bebiendo agua de coco con la solemnidad de un profeta deshidratado.

En una sala sin aire acondicionado pero con luz perfecta, les esperaba Hipatia. Túnica blanca, mirada afilada, y una expresión que decía: *he leído más que todos ustedes juntos, pero no lo voy a decir en voz alta.*

—Bienvenidos —dijo—. He estado esperando. Aunque no por ustedes. Por el momento.

Sartre se sentó sin pedir permiso.

—¿Y qué haces en Dakar?

—Lo mismo que hacía en Alejandría. Pensar. Enseñar. Evitar que me quemen otra vez.

Diógenes se inclinó con teatralidad.

—Un placer verte viva. Aunque menos divertida que antes.

Hipatia lo fulminó con la mirada.

—Tú sigues igual. Un tonel con patas. Pero ahora con tarjeta black. Donde quedó tu insana costumbre de acumular basura?

Intervención digital

Desde el hotel, @LolaLacan y @NietzscheBroXXL seguían la conversación en streaming. Habían hackeado el sistema de cámaras de la biblioteca y retransmitían en Twitch bajo el título: “*Boomers filosóficos en África: ¿quién ganará el debate?*”

—¡Bro, esto es oro! ¡La señora Hipatia le ha llamado tonel con patas al abuelete!

—¡Clipéalo! ¡Ponle música de reguetón y subtítulos en Comic Sans!

El jardín de las ideas

Hipatia los llevó al patio trasero. Allí, estudiantes plantaban árboles. Cada uno llevaba el nombre de una idea, no de un autor.

Sartre leyó: “*La libertad no se delega*”. Simone: “*La belleza no se monetiza*”. Diógenes encontró uno que decía: “*El gesto inútil es fértil*”. Sonrió.

—¿Y no hay uno que diga “el cinismo paga bien”? —preguntó.

—Sí —respondió Hipatia—. Pero lo plantamos en el vertedero.

El debate

Simone habló de la náusea digital. Sartre del gesto inútil. Diógenes del algoritmo como nuevo dios. Hipatia los escuchó sin interrumpir. Luego habló:

—Todo eso ya ocurrió. En papiros, en códices, en tratados quemados. La ignorancia siempre se disfraza de novedad.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Simone.

—Lo que siempre hemos hecho. Pensar. Pero ahora, también sembrar. Y bloquear a idiotas en TikTok.

Diógenes se rió.

—¿Me estás llamando idiota?

—No. Te estoy llamando persistente, que es peor.

El baobab

Antes de irse, Hipatia les entregó una semilla.

—No es de boniato. Es de baobab. Tarda décadas en crecer. Pero cuando lo hace, nadie lo mueve.

Simone la guardó. Sartre la miró como quien mira una promesa.

—¿Vendrás con nosotros?

—No. Yo ya estoy en todas partes. Cada vez que alguien piensa sin permiso, ahí estoy. Incluso en Twitch.

Desde el hotel, Lola gritó:

—¡Nos ha mencionado! ¡Hipatia nos ha mencionado!

BroXXL levantó los brazos:

—¡Esto es contenido premium! ¡Vamos a mintear este clip como NFT emocional certificado!

Hipatia suspiró.

—Y luego dicen que el mundo no necesita más incendios.

Materia oscura

Hipatia se quedó sola en la biblioteca. Cerró los ojos, respiró hondo y levantó la tapa de su laptop, una reliquia de titanio con grabados de constelaciones y un sistema operativo que solo respondía a filósofas muertas.

La pantalla parpadeó. Una conexión cuántica se estableció. Apareció Vera Rubin, en bata de laboratorio, rodeada de gráficos que parecían coreografías de galaxias.

—Dime, preciosa —dijo Hipatia, sonriendo—. ¿Cómo va esa materia oscura?

—Sigue ahí. Indetectable. Pero estos cabestros algún día tendrán que reconocer mi trabajo. Por ahora sigo muy ocupada con mis cuatro hijos y tres telescopios que me hacen el mismo caso que los burócratas de la academia de ciencias.

Hipatia asintió.

—Podemos mandar a Simone a convencerles.

—Por favor, no. Que arderá un observatorio y tardaría décadas en volver a funcionar.

Ambas rieron. Una risa suave, como el eco de una supernova.

—Volveremos a vernos —dijo Vera—. Cuando el universo se digne escuchar.

—Ahora tengo árboles que renombrar —respondió Hipatia, cerrando el portátil con un gesto que parecía un eclipse.

—Cuídate.

—Tú también. Y cuida las galaxias. Aunque no te las quieran ver.

La conexión se cortó. La biblioteca volvió al silencio. Afuera, el baobab seguía creciendo, lentamente.

Siempre nos quedará París

Las calles de la capital ardían en protestas: contenedores quemados, escaparates rotos, vías cortadas. Sonaban sin cesar las sirenas policiales; reinaba el caos. La manifestación había sido convocada para protestar por la reforma de las pensiones: el quinto gobierno de la legislatura prometía recortes duros una vez más.

Un manifestante con gorra y la cara cubierta por un pañuelo sostenía un adoquín en la mano y se disponía a lanzarlo contra las fuerzas del orden. La sargenta Marie Barnet lo reconoció de inmediato y dio una orden a su subordinado:

—Ocúpate del otro. De este me encargo yo.

Se dirigió hacia él y, sin piedad alguna, comenzó a golpearlo con la porra hasta que cayó al suelo y soltó la piedra. Su cuñado Pierre yacía en el suelo, intentando contener los golpes de la agente.

—¡Mierda! ¡Otra vez no, Marie! ¡Estás con el puto sistema! ¡Solo pido lo que es justo para todos! ¡Para ya de una vez, joder!

Su cuñada siguió repartiendo porrazos como si no fuese con ella.

—No es nada personal, Pierre. Solo hago mi trabajo.

—Pues ocúpate de repartir hostias en los ministerios, que harías un gran servicio a tu país.

—Ya discutiremos de política en la cena de Nochevieja. Porque... vendrás, ¿verdad?

—Claro que iré, gilipollas. Cualquiera discute con tu hermana sobre estos temas; prefiero tu maltrato al suyo mil veces.

—Pues vale. Te prepararé tu postre favorito: banana split —dijo la agente, señalando la porra, con la que le dio un último golpe al pobre Pierre.

Dentro de la cafetería *Le Chat Noir qui Pense*, el mundo giraba en otro orden filosófico. Allí charlaban —o más bien coexistían— Jean-Paul, Simone, Lola, BroXXL y, en cuclillas en el suelo,

el inmortal Diógenes, que se afanaba en dar órdenes de compra de acciones sobre material antidisturbios mientras transfería fondos a colectivos subversivos, como llevaba haciendo desde la Guerra del Peloponeso.

—Helen, escucha: las acciones de las fábricas del sector subirán al menos un treinta por ciento esta semana. Reserva dos millones... Mejor tres. Si sale bien, te llevas una comisión. De acuerdo.

Sartre observaba los disturbios a través del cristal, como si contemplase una obra de Beckett con adoquines y gases lacrimógenos.

—¿Veis? Hasta en la revuelta más visceral hay un guion. Golpean, caen, se levantan, tuitean. Es el eterno retorno... con patrulla antidisturbios.

Simone, sin levantar la vista del móvil chapado en oro —el mismo que Diógenes dejó sobre la barra en Nueva York—, comentó:

—Es la nueva dialéctica, Jean-Paul. Del adoquín al *hashtag*. De la barricada al *story* de Instagram.

Lola, en directo, sonreía con una sonrisa que valía más que sus tres millones de seguidores:

—¡Familia, estamos en el ojo del huracán! Esto es autenticidad pura, sin filtros... bueno, solo el de suavizado de piel. ¡Dadle a *like* si apoyáis la causa... y a guardar si queréis el link de mi sérum filosófico!

BroXXL editaba un *reel* con los golpes de Marie.

—“Cuando tu cuñada es la ley y te parte la cara con amor. #FamilyGoals #RevoluciónConPostre.”

Pierre irrumpió en *Le Chat Noir qui Pense*, sudoroso, con el pañuelo aún en la cara y una ceja sangrando. Se apoyó en la puerta, jadeante, justo cuando Lola decía en su directo: “...y esto es autenticidad pura, sin filtros...”.

—¡Marie me está buscando! ¿Aquí... aquí no me verá, verdad?

—Tranquilo, chaval. He sobornado a tres unidades móviles y a un dron. Estás en el lugar más seguro de París: donde yo he invertido en la seguridad —pronunció Diógenes sin levantar la vista del móvil.

Sartre lo observó con curiosidad antropológica.

—El infierno no son los otros... son los parientes políticos con porra y sentido del deber.

Simone le ofreció una servilleta para la sangre.

—Te lo dije, Jean-Paul: la familia es la última frontera de la alienación.

Lola, acercándose con el móvil:

—¡Esto es contenido ORGÁNICO, familia! ¡Un manifestante herido buscando refugio filosófico! ¿Le das *like*, Pierre?

—¿Eh? ¿Eso ayuda a que mi cuñada deje de perseguirme?

BroXXL ya estaba editando:

—¡Voy a subir un *reel*: “Mi cuñada me quiere matar”, con música de Édith Piaf mezclada con *trap*! ¡Esto es oro!

Diógenes (por teléfono):

—Helen, compra acciones de tiritas y yodo. Y vende las de seguros dentales... esto va para largo.

Pierre preguntó a Sartre, desesperado:

—Oye, tú que eres el listo... ¿cómo se razona con una cuñada que prefiere golpearte antes que cuestionar al sistema?

Sartre encendió un cigarrillo.

—Amigo mío... la razón y la porra rara vez se dan la mano. Pero si quieras, podemos intentar un ejercicio de fenomenología de la violencia familiar. Eso sí, el café lo pagas tú.

Diógenes colgó el teléfono y, por primera vez, se levantó del suelo. Se sacudió el polvo inexistente de su traje impecable.

—Bien. Situación evaluada. Pierre, tienes dos opciones:

Opción A: sales por la puerta trasera y terminas en comisaría con dos costillas rotas.

Opción B: te conviertes en el símbolo de la revolución domesticada y monetizamos tu tragedia.

Pierre dijo, convencido:

—Prefiero la costilla rota.

Simone intervino con voz calmada:

—Espera. Hay una tercera vía: la ironía existencial.

Sartre asintió lentamente.

—Ah... ya veo. Jugamos su juego, pero subvirtiendo las reglas.

Lola puso los ojos como platos.

—¿Eso es... contenido?

Diógenes explicó el plan con la tranquilidad de quien ordena sushi:

1. Pierre sale del café... pero no huye. Se sienta en la mesa exterior, pide un café y un croissant, y espera.
2. Lola graba en directo el momento en que Marie llega, furiosa.
3. En ese instante, BroXXL proyecta en la fachada del café un holograma que dice:
“LA VERDADERA REVOLUCIÓN ES ELEGIR TU PROPIA CÁRCEL. Y MI CÁRCEL... TIENE CROISSANTS.”
4. Simone y Sartre se colocan a cada lado de Pierre como sus abogados ontológicos.

Marie llegó, porra en mano, pero se detuvo al ver la escena: su cuñado sangrante tomando café con dos filósofos muertos, una *influencer* llorando de emoción y un anciano en traje que le ofrecía un contrato.

—Pierre, esto se ha terminado. Vienes conmigo o llamo refuerzos.

Sartre avanzó un paso.

—Agente, antes de proceder... ¿puede demostrarme que existe?

Marie lo miró, confundida.

—¿Qué?

Simone intervino:

—Lo que Jean-Paul quiere decir es si usted actúa por libre albedrío o porque su porra la determina.

Pierre sonrió con tristeza.

—Marie, ¿trajiste el banana split?

Marie bajó la porra.

—...Lo tengo en el coche.

Diógenes suspiró.

—Helen, cancela la orden de las tiritas. Compra acciones de heladerías.

Pierre y Marie se quedaron en la mesa, compartiendo el postre, pero no discutieron de política. Lola logró el directo más visto de su carrera con el título “*El poder del postre frente a la represión sistémica*”.

BroXXL convirtió el holograma en un NFT por valor de cincuenta mil dólares.

Diógenes se quedó mirando a los cuñados desde la ventana y pensó: “Veinticuatro siglos y sigo sin entender por qué la institución familiar sobrevive a los golpes con tanto estoicismo. Tal vez sea buen momento para invertir en la compra de este café.”

Simone y su marido se marcharon, discutiendo si la reconciliación familiar era una forma de mala fe. Ella propuso un paseo tranquilo por las orillas del Sena.

—¿Sabes, Simone? He estado pensando... quizás el infierno no son los otros. Quizás el infierno es creer que puedes salvar a los otros de sí mismos.

Simone tomó el brazo de Jean-Paul con una rareza tranquila.

—O quizás el cielo es aceptar que no hay salvación... pero seguir caminando junto al río igualmente.

—Eso es casi poesía. Me gusta.

—No. Es filosofía cansada. La única honesta —dijo ella.

Simone, sonriendo, añadió:

—Al fin y al cabo... siempre nos quedará París.

Sartre asintió.

—Sí. Aunque a veces... habría preferido que nos quedara el silencio.

Los salones de té de Madame de Beauvoir

París, 19:00 horas. En la Rue de Vaugirard, el apartamento de Simone de Beauvoir olía a té negro de ceilán y a la pólvora intelectual de quien se sabe anacrónica y, por ello, más libre que nunca. Había restaurado los salones, pero no para discutir modas o corazones rotos: ahora eran

videoconferencias de alto voltaje filosófico, donde la estética se servía en porcelana fina y las ideas hervían como agua recién puesta al fuego.

La pantalla sobre la chimenea, un marco de madera que simulaba una ventana clásica, mostraba tres rostros iluminados por pantallas propias:

- Hipatia, desde Dakar, rodeada de un caos ordenado de cables de fibra óptica y hojas secas de baobab. Un plano de la Biblioteca de Alejandría, reconstruida digitalmente, se proyectaba tenuemente en la pared detrás de ella.
- Helen Troy, en la cubierta de un yate anclado en alguna cala privada del Egeo. Llevaba un traje de lino blanco impecable y un portátil tan brillante como el espejo en el que una vez se contempló el mundo. A su lado, una tableta mostraba gráficos en tiempo real de los mercados asiáticos.
- Y Vera Rubin, en el control room del Observatorio ALMA, en el Llano de Chajnantor, Chile. Las luces tenues del desierto se extendían a sus espaldas como una constelación obediente y muda.

Simone sirvió té en cuatro tazas de porcelana, aunque solo una estuviera físicamente presente en la mesa.

—Queridas, gracias por conectarse a esta sesión de resistencia pasiva —dijo Simone, acomodándose en su butaca—. El orden del día: discutir lo que nadie se atreve a confesar en voz alta. El agotamiento terminal del *pensamiento útil*.

Hipatia emitió una risa baja, cargada de polvo de siglos.

—Hace milenios que lo vengo diagnosticando. En mi época, a eso lo llamábamos «sofismo de sobremesa». Ahora le han puesto un logotipo.

—En Wall Street —dijo Helen, sin levantar la vista de su monitor— lo llamamos «análisis de mercado». Es igual de especulativo, pero con mejores dividendos. Por cierto, Simone, el té se ve excelente. ¿Vendes la blend?

—Helen, ni Troya cayó tan rápido —respondió Simone con una severidad que delataba cariño.

—Querida, Troya nunca cayó. Solo cambió de propietario varias veces. Es la lección más perdurable —replicó Helen, sin un ápice de ironía.

Vera Rubin sonrió al otro lado del cosmos, sus dedos pasando suavemente sobre un trackpad.

—Y en la astrofísica moderna, lo llamamos «ruido de fondo cósmico». La estática de siempre, tratando de imponerse a la señal. Confirme, por cierto, una anomalía de luz azul en la región de Hydra. Acabo de detectarla.

—¿Una supernova? ¿Un cuásar? —preguntó Hipatia, inclinándose hacia su cámara con interés genuino.

—No lo sé. Tiene... *ritmo* —dijo Vera, frunciendo el ceño.

Helen sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

—¿Ritmo? Qué maravilla. Tal vez sea Apolo actualizando su playlist en SoundCloud. Podríamos monetizar los derechos de escucha.

—O una nueva forma de lenguaje —murmuró Simone, tomando un sorbo de té—. El universo, cansado de nuestras metáforas gastadas, hablándonos en puros pulsos de existencia. El gesto inútil a escala cósmica.

Hipatia ajustó unos auriculares que parecían antigüedades modificadas.

—Propongo un análisis colaborativo de la señal. Si la belleza aún existe de forma objetiva, debería poder medirse en hercios y armónicos.

—Y si no —añadió Vera—, la inventaremos. No sería la primera vez que la humanidad proyecta su anhelo en el vacío. La materia oscura fue mi primer amor inalcanzable.

—Señoras, antes de financiar una expedición a Hydra —intervino Helen, con ese tono que convertía cualquier frase en una oportunidad de inversión—, confirmemos que hay público para este metacontenido. He vendido los derechos de retransmisión *neuro-sensorial* de este salón a una plataforma suiza. Pagan en tiempo real, en cripto estable. Los suscriptores experimentarán vuestras voces como "susurros filosóficos en el subconsciente".

Un silencio cargado de signos de interrogación llenó la pantalla.

—¿Nos has convertido en un NFT experiencial, Helen? —preguntó Simone, arqueando una ceja.

—He *dignificado* el formato del salón. Sois el producto premium definitivo: pensamiento puro, sin intermediarios algorítmicos. Aunque, hablando de eso... —Helen tecleó algo—. El gesto de Simone con el portátil ha generado un derivado financiero. Se cotiza como 'Volatility Token (VLT)'. Sube cada vez que alguien en Internet tiene un arrebato de sinceridad contraproducente.

—Diógenes —concluyó Simone, con un deje de admiración resignada—. Tiene que ser él.

—Por supuesto. Es el mayor tenedor. Él no invierte en empresas, invierte en *patrones de comportamiento humano*. Vuestro berrinche existencial le ha reportado millones.

Vera Rubin interrumpió, su voz un susurro electrizado.

—La señal... está modulándose. Responde. Oscila en ciclos de siete segundos. Es... demasiado perfecto.

Hipatia entrecerró los ojos, como si pudiera ver a través de la pantalla.

—O tal vez no es el universo... tal vez es el eco de nosotras mismas. Discutiendo desde distintas eras y disciplinas, creando una frecuencia que el vacío no puede ignorar.

Simone dejó su taza sobre el platillo con un clic suave y definitivo. Se levantó, acercándose a la pantalla como si fuera un altar.

—Entonces brindemos. No por la utilidad, ni por el éxito, ni siquiera por la verdad. Brindemos por el eco. Por la señal en la estática. Por el gesto inútil y por esta reunión imposible de mujeres a las que el tiempo, los imperios y los algoritmos no lograron domesticar.

—Y por la inversión de riesgo en lo intangible —añadió Helen, levantando una copa de vino que apareció en su mano como por arte de magia.

—Y por la fuerza que mantiene unidas a las galaxias, aun siendo invisible —susurró Vera.

—Y por la coherencia —cerró Hipatia, con una sonrisa que habría iluminado la biblioteca de Alejandría—. Aunque solo dure el tiempo de un latido entre dos estrellas.

Simone asintió.

—La única coherencia worth having.

Fuera, en el cielo crepuscular de París, un reflejo azul, sutil y rítmico, cruzó el Sena. Los transeúntes lo atribuyeron a un dron publicitario o a un efecto de la contaminación lumínica. Nadie supo si venía del desierto chileno, del mar Egeo o de alguna idea pura y obstinada que, cansada de ser intangible, había decidido, por fin, encarnarse.

Praga, Hotel Metamorphosis

La ciudad estaba envuelta en un otoño de niebla y campanas. Praga, con sus torres góticas y sus tranvías rojos, parecía el escenario natural para un homenaje a Kafka. En el Hotel Metamorphosis, donde se alojaban los protagonistas, era un edificio de estilo art nouveau con espejos deformantes en los pasillos y un lobby que olía a absenta y a literatura inconclusa.

En la suite 407, Lola Lacan preparaba su ritual. Trípode desplegado, aro de luz encendido, filtros calibrados. Bro había bajado a la calle a vapear su nuevo líquido de “aroma de perfidia”, convencido de que era la esencia del nihilismo contemporáneo. Lola, sola en la habitación, decidió aprovechar el momento.

El directo de Lola

Se sentó en la cama y abrió un nuevo directo titulado: “Unboxing de mi alma: edición Praga”.

—Familia, hoy os voy a contar algo que nunca dije. No soy solo Lola Lacan. Soy descendiente directa de Jacques Lacan, el psicoanalista del estadio del espejo. Sí, el hombre que dijo que nos reconocemos en la imagen, pero siempre fragmentados. Y aquí estoy yo, con filtros de Instagram, repitiendo la misma historia: mirarme en la pantalla para saber quién soy.

Los comentarios se dispararon:

- @CryptoHermes: “Reina, tu genealogía es oro. Haz un NFT con tu árbol familiar.”
- @PepitoGrillo: “Ponle trap, que Lacan también merece beats.”
- @Parsifal_44: “El estadio del espejo versión TikTok”

Lola suspiró, con una mezcla de orgullo y melancolía. —Quizás mi destino era este: convertir la teoría en contenido. El algoritmo es mi espejo, y vosotros sois mi reflejo.

Un sonido molesto interrumpió a lola cuando cerró el directo: *pling, pling, pling*. A los pies de la cama, de cuclillas, estaba el viejo Diógenes, jugando a Candy Crush en un móvil chapado en oro. Fruncía el ceño: no conseguía pasar de nivel.

—¿Cómo has entrado? La puerta estaba cerrada. —No entré. Siempre estoy. ¿Me has visto alguna vez tomar un transporte?

Lola lo miró, sorprendida. Era cierto: el viejo aparecía en cada ciudad sin dar explicaciones.

—Niña, tu directo estuvo bien. Pero si quieres entender de verdad el mundo, no basta con filtros ni genealogías. Te presentaré a la más grande de las influencers.

—¿Quién? ¿Susy Taylor, la reina de la frivolidad? ¿Samantha Levi, la que convirtió la alta costura en rutina? —No. Ninguna de esas. Te aseguro que no hubo ni habrá otra mujer que mueva tantas pasiones. Te presentaré a Helen Troy. Sí, Elena de Troya. Ahora es mi agente de bolsa.

Lola abrió los ojos como platos. —¿Helen... la que provocó una guerra? —La misma. Y ahora provoca subidas en los mercados.

Diógenes apagó el móvil, resignado a no superar el nivel de Candy Crush. —Pero antes, recuerda: en media hora empieza la conferencia de Kafka. No querrás perdértela.

Antes de que Bro regresara a la habitación, envuelto en una nube de vapor con aroma de perfidia, el viejo mendigo había desaparecido sin mayor rastro de presencia. Bro preguntó a su novia: —¿Vamos?

Salieron juntos. En el ascensor se encontraron con Sartre y Simone. Los cuatro se miraron con la incomodidad de quienes comparten demasiadas ironías.

—¿Qué tal la habitación? —preguntó Simone, ajustando su bufanda. —Bien, aunque el minibar solo tiene absenta —respondió Bro, exhalando vapor. —Praga siempre ofrece lo que no se necesita —añadió Sartre, encendiendo un cigarro.

Compartieron el mismo taxi hasta el salón de conferencias. El conductor escuchaba a Janáček en la radio, mientras la ciudad se desplegaba en un mosaico de puentes y torres. Dentro del coche, el silencio era denso, como si todos supieran que la conferencia de Kafka sería más que literatura: sería un espejo deformante de sus propias vidas.

La sala Capitol

La sala, no demasiado grande, estaba completamente abarrotada y también había gente de pie en los pasillos.

De Grecia habían llegado los viejos cínicos: Diógenes, con su mirada de perro callejero; Crates de Tebas, que sonreía como si todo fuese una broma demasiado larga; y Menipo, el satírico, que llevaba bajo el brazo un cuaderno lleno de dibujos obscenos y aforismos. Con mucho ojo crítico, ocuparon el centro del patio de butacas, como si fueran un jurado invisible dispuesto a evaluar la conferencia.

Detrás de ellos, vestidos con camisetas estampadas de escarabajos, se encontraba un grupo nutrido del club de lectura “Crónicas kafkianas”, que había viajado desde Brno para la ocasión. Sus camisetas brillaban bajo la luz tenue, como insectos reverentes. Portaban una pancarta que llegaba a molestar a los espectadores de las filas traseras. “ESTAMOS CONTIGO, FRANZ”

Un par de filas más atrás se distinguía una representación de la Bauhaus, con gafas redondas y cuadernos cuadriculados, dispuestos a tomar notas geométricas de cada frase y dispuestos a participar en el coloquio.

Y entre otros muchos asistentes, en la primera fila estaban Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre, Lola Lacan y Bro, con la artillería preparada para conectar en directo a las plataformas. El trípode, el aro de luz y los filtros de imagen ya estaban calibrados: la conferencia de Kafka iba a retransmitirse como si fuese un festival de música, con hashtags y métricas en tiempo real.

La conferencia

En el escenario, el maestro de ceremonias y patrocinador del acto, Diógenes de Sínope, hizo las veces de presentador, ataviado con su traje de Armani de color azul celeste y un micrófono de diadema, al estilo de Steve Valmer.

- Bienvenidas, bienvenidos a la Sala Capitol, no quiero robar protagonismo a nuestro ponente de hoy, solo pedir que se cumpla uno de sus deseos expresos, No habrá aplausos bajo ninguna circunstancia. Cuando quiera, maestro.

Kafka apareció como un espectro discreto: no con voz potente, ni con dramatismo, sino con un tono bajo, casi íntimo, como si estuviera en su habitación escribiendo a Milena Jesenská.

Se sentó en una silla, sacó un papel amarillento —o quizá era un holograma, nadie lo supo— y comenzó:

“Querida Milena, Te escribo desde un futuro que no quería ver, en el transcurso de una conferencia que no quería dar, sin embargo, por respeto a la historia, no he querido contrariar a mi mecenas, el Sabio Diógenes, sí, el “Juntamugre”. Además, paga bien. – El viejo, que estaba sentado entre los cínicos Crates y Menipo, sintió un escalofrío ante sus rostros impávidos que tan bien dominaban, al sabio le entró una rabieta que también supo contener, sus compañeros de butaca no jugaban limpio, claramente se rían de él. – Kafka prosiguió la lectura de la carta que Milena nunca recibió.

- Han pasado cien años desde mi muerte, y el mundo se ha convertido en exactamente lo que temía: una burocracia perfecta, invisible, algorítmica. Ya no hace falta un castillo inaccesible: ahora el castillo está en el bolsillo de cada uno. Lo llaman ‘smartphone’. Ya no hace falta un proceso sin acusación clara: ahora el proceso es constante, cada like, cada comentario, cada métrica es un juicio. Ya no hace falta transformarse en insecto para sentirse repugnante: basta con no tener seguidores. Milena, esto es peor de lo que escribí. Porque en mis pesadillas, al menos había conciencia del absurdo. Aquí... aquí lo llaman normal.

Kafka levantó la vista. La sala entera contuvo el aire. Levantó una mano y señaló con el dedo al grupo de fans – Sí, es por vosotros. Quiero decir que, en mi novela “La metamorphosis” nunca he dicho que el “insecto” fuese un “escarabajo”.

- Los cínicos griegos —Diógenes, Crates y Menipo— lo miraban con ojo crítico, como si evaluaran la verdad de cada palabra.
- La Bauhaus trazaba notas geométricas en sus cuadernos cuadriculados, intentando dar forma visual al absurdo.
- Los influencers de la sinrazón dudaban entre grabar o apagar sus móviles, atrapados en el dilema de monetizar o respetar.
- La Iglesia del Espagueti Volador asentía solemnemente: “El absurdo es la nueva normalidad”.
- En primera fila, Simone y Sartre escuchaban con gravedad, mientras Lola y Bro no se atrevían a retransmitir.

Kafka señaló a cada uno:

- A Lola: “Pequeña influencer, eres Gregorio Samsa con filtro de Instagram. Te transformaste en algo que no reconoces, pero sigues sonriendo para la cámara.”
- A Sartre: “Dijiste que el infierno son los otros. Ahora los otros son millones. ¿Cómo se elige cuando el mundo entero grita a la vez?”
- A Diógenes: “Viviste en un tonel para escapar del poder... ahora inviertes en él. ¿Eso es cinismo o cobardía?”

Silencio absoluto. Kafka volvió a la carta:

“Milena, si pudieras ver esto, ¿qué dirías? ¿Que tenía razón? ¿Que el mundo siempre fue así y solo ahora se nota? O tal vez dirías lo que siempre decías: ‘Franz, deja de pensar tanto. Sal a caminar. Come algo.’ Pero ya no puedo caminar. Solo puedo estar aquí. En esta sala. Leyendo una carta que nunca envié. Delante de gente que no la entenderá.”

Dobra el papel. O apaga el holograma. “Gracias por venir. O no. Da igual. Esto tampoco tiene sentido.”

Se va. Sin despedirse. Sin mirar atrás.

El silencio posterior

- Los griegos se miran entre sí, ojo crítico activado.
- La Bauhaus dibuja diagramas del vacío.
- Los influencers dudan si monetizar el momento o dejarlo escapar.
- La Iglesia del Espagueti Volador escribe en su manifiesto: “Kafka tenía razón”.
- Lola mira su móvil... y lo apaga.
- Sartre enciende otro cigarro.
- Simone susurra: “Tenía razón.”
- Y Diógenes guarda su móvil de oro. Porque incluso él sabe que esto... esto no se puede monetizar.

Cuando las luces de la sala se encendieron para que el personal de limpieza entrase a trabajar, una dama fue la última en abandonar el lugar. Se había sentado en el asiento más cercano a la puerta y, sin embargo, había pasado desapercibida para todos los que habían salido por esa misma puerta.

Se levantó con calma, se sacudió las arrugas de la falda y salió a la noche de la capital. En la calle vacía se escuchaba el ruido rítmico de sus tacones medianos, un compás discreto que acompañaba la penumbra.

Llevaba una chaqueta fina, con una estética de ejecutiva muy de los años 80, el pelo recogido, y caminaba con la serenidad de una diosa griega. La figura de Helen Troy se alejó, como si la ciudad entera fuese apenas un escenario secundario en su tránsito.

Antes de perderse en la oscuridad, tomó su móvil y escribió un mensaje: “Mañana en el Slavia a las 9 AM en punto. —H.T.”

En la suite del hotel, Lola recibió la notificación. Miró la pantalla, arqueó una ceja y comentó al Bro, que estaba tumbado en la cama envuelto en vapor de perfidia: —No es nada... alguna seguidora impertinente.

Café Slavia

Lola se vistió con cuidado para no despertar a su novio, se arregló rápidamente, sin recarga de maquillaje y tomó el bolso. Bro despertó y preguntó: - A donde vas tan temprano?

- Tengo crisis de introspección, daré un paseo al aire fresco.

- Otra vez? Es la cuarta esta semana.

- Mike, no vas a cambiar nunca? Cuando aprendas a pensar en femenino, empezarás a entender algo el alma de las mujeres, mientras tanto, disfruta de tu ingenuidad. En una hora estaré de vuelta. – Se acercó a la cama y dio un beso a su “bro”.

El Café Slavia estaba lleno de conversaciones en voz baja. Los ventanales daban al Moldava, donde la ciudad se reflejaba como insectos atrapados en el agua. En una mesa apartada, Helen Troy esperaba con un portátil abierto y una copa de vino blanco.

Lola entró con paso inseguro, todavía con el eco de la carta de Kafka resonando en su cabeza. Diógenes la acompañaba, pero se quedó en la barra, jugando otra partida de Candy Crush con su móvil de oro.

Helen levantó la vista y sonrió. —Así que tú eres Lola Lacan. Tu bisabuelo sí que fue un gran influencer.

Lola arqueó una ceja. —¿Influencer? ¿Lacan?

—Por supuesto —respondió Helen, con naturalidad—. ¿Qué otra cosa es un psicoanalista que logra que generaciones enteras se miren en el espejo y se reconozcan fragmentadas? El estadio del espejo fue el primer filtro de la historia. Y tu apellido es capital simbólico, aunque aún no lo hayas monetizado.

Lola se sonrojó. —Yo solo hago directos. Cosas de idiota.

Helen se inclinó hacia ella, con voz que parecía un canto antiguo. —No, niña. Tienes potencial. Tus lágrimas son activos, tus confesiones son derivados, tus silencios son futuros. Lo que necesitas es estilo. El estilo convierte la idiotez en arte y el arte en mercado.

Lola miró su móvil apagado, pensativa. —¿Y cómo se aprende ese estilo?

Helen bebió un sorbo de vino. —Se aprende aceptando que todo gesto es un producto. Y que la inmortalidad no está en vivir para siempre, sino en repetirse en cada pantalla, en cada memoria colectiva.

Lola tragó saliva. Por fin se atrevió a lanzar la pregunta que no había hecho a Diógenes: —¿Cómo se vive en la inmortalidad?

Helen la miró con una mezcla de ternura y crueldad. —Se vive como en un mercado que nunca cierra. Cada recuerdo es una acción, cada pasión es un índice. La inmortalidad no es descanso, es cotización perpetua. Y tú, Lola, ya has empezado a cotizar.

Diógenes, desde la barra, levantó la vista de su móvil y murmuró: —La inmortalidad es como Candy Crush. Siempre hay un nivel más. Nadie gana nunca.

Helen sonrió, como si confirmara la sentencia. —Pero algunos saben convertir la partida en espectáculo. Y esos son los verdaderos inmortales.

Lola se quedó en silencio, consciente de que su vida acababa de cambiar. Ya no era solo una influencer ingenua: era heredera de un apellido, aprendiz de una diosa griega, y protagonista de un mercado que mezclaba lágrimas con índices bursátiles.

La Discusión sin piedad

Escenario Camerino, 15 minutos antes de la conferencia. Helen frente al espejo, retocándose el maquillaje (años 80: ejecutiva impecable). Diógenes sentado, traje Armani, móvil de oro en la mano (Candy Crush, nivel imposible). Silencio tenso.

Diálogo Helen (sin mirarlo): —¿Sabes qué me jode de ti, Diógenes?

Diógenes (sin levantar la vista del móvil): —Ilumíname.

Helen: —Que siempre te escondes detrás del cinismo. “Oh, vivo en un tonel, rechazo el poder, soy puro.” Pero llevas 2.400 años invirtiendo en cada guerra, cada crac, cada miseria humana. Y te atreves a darme lecciones.

Diógenes (dejando el móvil): —No te doy lecciones. Solo observo.

Helen (girándose, furiosa): —Observar es cobardía cuando tienes poder para cambiar las cosas. ¿Por qué, vieja carroña, no saboreaste el crac del 29 como triunfo supremo? ¿Dónde estaban entonces tus principios éticos?

Diógenes se levanta. Lento. —En el 29 todavía creía que el sistema podía caer solo. Me equivoqué. Noventa años después... aprendí. El sistema no cae. Se compra.

Helen: —¿Y qué harás después de este crac? ¿Comprar las ruinas? ¿Construir tu imperio? Serás exactamente lo que siempre odiaste.

Diógenes: —No. Después de este... me retiro.

Helen (riendo con crueldad): —Mentiroso. Llevas 2.400 años diciendo “esta es la última”. Y siempre vuelves. Porque sin el juego... no eres nada.

Silencio brutal. Diógenes no responde. Porque Helen tiene razón.

Helen sigue maquillándose. Tranquila ahora. —¿Y tú, Helen? ¿Dónde estabas en el 29? Vendiendo jabones en revistas de moda, supongo.

Helen (sin inmutarse): —Al menos yo nunca fingí ser otra cosa. Siempre fui mercancía. Desde Troya. Pero tú... tú traicionaste tus principios. Y eso, Diógenes, es peor que vender jabones.

Diógenes aprieta los puños.

Helen termina de maquillarse. Se gira.

Helen (sonriendo): —¿Te gusta así, Dik? ¿Puedo ponerme más dura si necesitas tensión narrativa para afrontar la conferencia?

Diógenes respira. Sonríe. —Vaya si has dado en el clavo, Helen. Casi me trago tus palabras... y las mías.

Helen respira hondo. Una vez. Dos. Tres. Estira los brazos. Relaja los hombros. —¿Vamos a por ellos? Eh, ¿como en los viejos tiempos?

Diógenes se ajusta el nudo de la corbata. —Como en Troya. Como en el 29. Como siempre.

Helen le ofrece la mano. Diógenes la toma. Se miran. No como enemigos. Como cómplices.

Helen: —Recuerda: tú eres el visionario. Yo soy la ejecutora. Ellos son los idiotas.

Diógenes: —Y al final...

Helen (terminando la frase): —...todos pierden menos nosotros.

Salen del camerino. Tacones de Helen. Pasos de Diógenes. Rumbo al escenario.

Troyan Auditory Center

Pantalla gigante: **Resiliencia Sistémica en Tiempos de Disrupción**. Quinientos inversores. Millonarios, CEOs, venture capitalists. Silencio expectante.

Diógenes en el escenario, traje azul celeste, micrófono de diadema. —Buenos días. Soy Diógenes. Y esta es Helen Troy, mi socia estratégica. Hoy vamos a hablarles de la mayor oportunidad de inversión del siglo XXI.

Aplausos educados.

—El sistema financiero global está al borde del colapso. Ustedes lo saben. Nosotros lo sabemos. La pregunta no es si colapsará. La pregunta es: ¿estarán ustedes del lado correcto cuando ocurra?

Helen toma el micrófono. —Hemos identificado tres sectores clave que sobrevivirán al crac: agua, energía y datos. No tecnología. No crypto. No IA. Lo básico. Lo esencial. Lo inevitable.

Diógenes: —Y tenemos un fondo de inversión preparado. Mínimo: cincuenta millones de dólares por participante. Máximo: veinte participantes. Rentabilidad esperada: tres mil por ciento en cinco años.

Murmullos. Codazos. Miradas.

Helen: —Pero hay una condición: discreción absoluta. Este fondo no existe. No aparecerá en registros. No habrá auditores. Solo resultados.

Diógenes: —Y una última cosa: si preguntan por qué deberían confiar en nosotros, la respuesta es simple. (Pausa. Sonrisa.) —Porque llevamos dos mil cuatrocientos años ganando. Y ustedes... llevan veinte años creyendo que son listos.

Risas nerviosas. Atención máxima.

Helen cierra: —Las solicitudes se aceptan hasta mañana. Después, el fondo se cierra. Para siempre.

Aplausos atronadores.

Helen revisa el móvil. —Cuarenta y siete solicitudes. Dos mil trescientos cincuenta millones comprometidos.

Diógenes sonríe. —Como en los viejos tiempos.

Helen: —Mejor. Porque esta vez no habrá supervivientes.

En la habitación Bro entra vapeando “perfidia nocturna”. —Nena, tienes que ver la conferencia a la que me invitó Jansen. Fue rara. Pero interesante.

Lola con auriculares, móvil en la mano. —Ajá.

Bro: —Hablo en serio. Un tipo con traje azul celeste hablando de un crac mundial. Y una tía de los ochenta con hombreras que daba miedo.

Lola se quita un auricular. —¿Hombreras?

Bro: —Sí, hombreras. Como en las pelis antiguas. Pero elegante. Plan “soy ejecutiva y te como vivo”.

Lola: —Mmm.

Bro: —Decían que van a hundir el mercado y luego lo van a recomprar barato. O algo así. No entendí todo, pero sonaba heavy.

Lola vuelve a ponerse el auricular. —Interesante.

Bro se acerca. Mira la pantalla del móvil. —Espera. ¿Esa no es la tía de la conferencia?

Lola: —Sí.

Bro: —¿Y ese es el tipo del traje azul?

Lola: —Sí.

Bro: —¿De dónde sacaste ese vídeo?

Lola: —Me lo envió ella.

Bro: —¿Quién? ¿La tía de las hombreras?

Lola: —Ajá.

Bro: —¿Y por qué te envía vídeos?

Lola suspira. Se quita los auriculares. —Porque estoy en su masterclass, Mike.

Bro se sienta en la cama, confundido. —¿Masterclass de qué? ¿De hundir mercados?

Lola: —De sobrevivir. De cotizar. De no caducar cuando tengas treinta y cinco y aparezca la próxima @LolaLacan 2.0.

Bro: —Eso suena deprimente.

Lola sonríe por primera vez. —Lo es. Pero paga bien.

Bro exhala vapor. —¿Y yo qué? ¿También estoy en la masterclass?

Lola: —Tú estás en el streaming, cariño. Yo estoy en el backstage.

Bro: —No sé si eso es un halago o un insulto.

Lola: —Ambas cosas. Como siempre.

Bro se tumba al lado de Lola, mirando el techo. —¿Sabes qué me jode de todo esto?

Lola: —¿Qué?

Bro: —Que la tía de las hombreras tiene mejor estilo que yo. Y eso que es de los ochenta.

Lola ríe. —Mike, todo el mundo tiene mejor estilo que tú.

Bro: —Ouch.

Lola: —Pero eres mío. Y eso cuenta.

Silencio. Bro vapea. Lola sigue viendo el vídeo. En la pantalla, Helen y Diógenes se preparan para salir del camerino.

Bro: —¿Cuánto de viejos son esos “viejos tiempos”?

Lola sonríe sin mirarlo. —Más de lo que puedes imaginar, cariño. Mucho más.

En Dakar, la biblioteca estaba en silencio. Hipatia cerró el PDF con un golpe seco, como si quisiera aplastar las cifras que brillaban en la pantalla: 3.000% de rentabilidad, veinte inversores, cincuenta millones cada uno. Agua, energía, datos. Todo reducido a porcentajes y promesas.

Sobre la mesa, un cuenco de monedas oxidadas. Las tomó con dedos temblorosos y las llevó a la boca. El sabor metálico le desgarró la lengua, el cobre verdoso se quebraba entre sus dientes como huesos podridos. Masticaba con furia, como si cada mordida fuese un insulto contra Helen y Diógenes.

—¿Esto llaman futuro? —escupió, con voz rota—. ¿Convertir lo esencial en mercancía? ¿Cotizar la sed, la luz, el pensamiento?

Los trozos de monedas caían al suelo con un tintineo lúgubre. Hipatia se inclinó, recogió otra y la mordió hasta que la sangre le tiñó los labios.

—El agua no se compra. La energía no se vende. Los datos no son petróleo. ¡Son números! ¡Son verdad!

Se levantó, caminó entre los estantes como un espectro. Cada libro parecía mirarla con reproche. El eco de Alejandría incendiada volvía a su memoria: las llamas, el humo, la ignorancia disfrazada de poder.

—Helen, Diógenes... —susurró, con un temblor que era rabia—. Habéis convertido la filosofía en veneno. El mercado de lo inútil os pertenece, pero no la belleza. Nunca la belleza.

Se dejó caer en una silla, agotada, con las manos manchadas de óxido. El sabor metálico aún le quemaba la boca. Afuera, el baobab seguía creciendo lentamente, indiferente al horror.

Hipatia cerró los ojos. —Si la verdad se cotiza, entonces la verdad ha muerto. Y yo, inútil, intentando salvarla.

La náusea colectiva

El hotel Green era un edificio victoriano medio derruido, con fachada de ladrillo enmohecido y un cartel que parpadea como si estuviera a punto de sufrir una crisis existencial. En el lobby, un gato siamés con ojos de Sartre duerme sobre un ejemplar de *El ser y la nada*, edición de lujo.

Es media tarde. El grupo está reunido en la entrada, vestidos con atuendos de “peregrinación esotérica”:

- Lola, con una capa de lana teñida con infusiones de ansiedad.
- Bro, vapeando “aurora boreal” (sabor a ozono y nostalgia nórdica).
- Sartre, con un sombrero que parece una nube de mala conciencia.
- Simone, anotando en una libreta titulada *Diario de lo Absurdo Transportado*.
- Helen Troy, impecable en un traje de tweed con hombreras estructuradas como baluartes.
- Y, por supuesto, Diógenes, sentado en un banco de piedra, con su móvil de oro apoyado en la rodilla, nivel 897 de Candy Crush.

El microbús VIP aún no ha llegado. La espera los vuelve inquietos... y filosóficamente irresponsables.

La discusión en la entrada del hotel

Bro (exhalando una espiral azul): —Tío, sigo sin pillar por qué no te montas en nada. ¿Es por el carbono? ¿Por la ansiedad de viaje? ¿O es que literalmente te teleportas como un NPC?

Diógenes (sin mirarlo, concentrado en el móvil): —No me teleporto. Simplemente no necesito ir. El mundo viene a mí. Siempre ha sido así. Desde que vivía en un tonel y los reyes venían a preguntarme cómo ser libres.

Lola (ajustándose el filtro de luz en el pelo): —¿Pero cómo? ¿Acaso rompes las leyes de la física? ¿Eres tipo... un santo cuántico del cinismo?

Diógenes: —Las leyes de la física las inventaron los que tienen que llegar a tiempo a reuniones que no desean. Yo no tengo agenda. Solo presencia.

Sartre (encendiendo un cigarro con gesto de fatiga ontológica): —Eso es una farsa. Nadie escapa al estar-en-el-mundo. Incluso tú, viejo perro, estás arrojado a cada lugar donde apareces. Solo que te niegas a reconocer el esfuerzo que eso conlleva.

Diógenes (por fin levanta la vista): —¿Esforzarme? ¿Yo? Cuando vosotros planeáis un viaje, compráis billetes, os estresáis por el tráfico... yo ya estoy allí, mirándoos fracasar en llegar.

Helen (con una sonrisa de ejecutiva que ha visto caer imperios): —Él no viaja porque viajar implica esperanza. Y Diógenes perdió la esperanza el día que entendió que todos los destinos son iguales: llenos de idiotas con maletas.

Simone (escribiendo rápido): —Pero hay algo más... ¿no es cierto, Diógenes? Tú no usas transporte porque todo vehículo es una metáfora del compromiso. Y tú, desde hace 2.400 años, te niegas a comprometerte con la ilusión de progreso.

(Pausa. Diógenes asiente, casi con tristeza.)

Diógenes: —Exacto. Un coche te promete que llegarás. Un avión, que trascenderás. Un tren, que la historia tiene rumbo. Yo sé que no hay rumbo. Solo hay... gente que se mueve para no pensar.

Bro: —Entonces, ¿por qué aceptaste venir en microbús a Stonehenge? ¿No es eso... rendirse?

Diógenes (sonríe, con algo entre la maldad y la piedad): —No me rindo. Solo cedo... para enseñaros la lección definitiva. —Pero antes —añade, cambiando de tono—, quería una diligencia.

Lola (incrédula): —¿Una... diligencia?

Diógenes: —Sí. De seis caballos negros. Con toldo de terciopelo y escudero. Al estilo del siglo XIX. Ya había hecho el presupuesto: 12.000 libras, todo incluido. Incluso un lacayo que repitiese frases de Epicteto cada cinco minutos.

Helen: —Yo se lo aprobé. Eso hubiera sido *iconic*. Marketing puro.

Simone: —¿Pero... y los caballos?

Bro: —Ah, sí. Los animalistas. Se enteraron y montaron un trending global:
#DiligenciaEsEsclavitud.

Sartre: —Ironía del destino: el cínico que rechaza toda convención... cae en la trampa de la ética aplicada al transporte equino.

Diógenes (resopla): —No me importan los caballos. Me importa la forma. La diligencia era un gesto: viajar como si el mundo aún tuviera dignidad. Pero claro, en vuestra era, ni siquiera los animales pueden sufrir con estilo.

Lola: —Entonces... ¿el microbús es una especie de... castigo?

Diógenes (mira al camino, donde ahora se ve la silueta del vehículo acercándose): —No. Es una oportunidad. —Porque en un microbús... —(hace una pausa dramática)—... todo se concentra. —La vanidad. El vómito. La perfidia. La hipocresía.

Helen (con una mueca de deleite): —Ya veo. Vas a convertir el viaje en una performance de bioética sensitiva.

Diógenes: —Exacto. Y tú, Helen, vas a monetizarlo antes de que termine.

Justo entonces, el microbús VIP frena con un chirrido de neumáticos y conciencia ecológica. La puerta se abre. La conductora, con gafas de aviador y gorra de visera, salta por el lado derecho y abre las puertas traseras para que los huéspedes entren.

Diógenes se levanta del banco de piedra, guarda el móvil, y dice, como si rezara: —Bienvenidos al viaje que no pedisteis... pero que merecéis.

Y sube al microbús el primero, para demostrar que cuando los demás llegan, él ya estaba dentro.

El microbús VIP *Tempus Fugit*

El vehículo no es un simple transporte: es una cápsula de lujo diseñada para fingir que uno trasciende mientras se desplaza.

- Tapicería de terciopelo burdeos con bordes dorados.

- Cortinillas de seda ahumada.
- Iluminación tenue con regulación cromática según el “estado emocional del grupo” (programada previamente por Helen).
- En el techo, una cúpula de cristal polarizado permite ver las nubes... o fingir que se mira el cielo mientras se revisan los likes del último directo de Lola.
- Cada asiento tiene su propia pantalla táctil con menú de bebidas espirituales: absenta bio, té de angustia, agua alcalina con pH de Sartre (8.4).
- Al frente, tras un biombo de madera de roble recuperada de un monasterio benedictino, la cabina del conductor: minimalista, funcional, blindada.

Cuando todos suben, el vehículo eléctrico arranca sin apenas sonido. Las puertas se cierran con un chasquido suave... como el de una tumba electrónica sellándose.

Entonces, una voz clara, serena, ligeramente metálica, sale de los altavoces:

—Señoras y señores pasajeros, les saluda Maty Timbeldown. Soy la encargada de llevarles hasta el Santuario de Stonehenge sanos y salvos. Y también seré su guía turística por el tiempo que permanezcan en el santuario. Sírvanse pedir todo aquello que necesiten: nuestros pasajeros VIP tienen un pack premium a su disposición. Les deseamos buen viaje. Bienvenidos a bordo.

El viaje ha comenzado.

Y Diógenes, en el asiento del fondo, sonríe. Porque sabe que, dentro de veinte minutos, Maty Timbeldown será la única que respire sin arrepentirse de haber nacido.

Minuto 12 del viaje – Carretera entre Salisbury y Amesbury

El microbús VIP avanza por una carretera secundaria bordeada de robles desnudos. El cielo, bajo y plomizo, parece contener la respiración. Dentro, el ambiente es de falsa armonía:

- Lola graba un *story* en modo “vibra ancestral”, con filtro “neblina celta”.
- Bro inhala “aurora boreal” y murmura: “Esto huele a propósito...”.
- Sartre mira por la ventana, pero en realidad mira el hueco entre las cosas.
- Simone toma notas con una pluma de grafito reciclado de lágrimas de influencers.
- Helen revisa su cartera de inversiones en una tableta blindada contra emociones no monetizables.
- Diógenes, sentado en la última fila, con los ojos cerrados, respira como si estuviera recargando un arma ancestral.

Minuto 17: El Evento

Diógenes abre los ojos. No dice nada. Solo se acomoda en el asiento, cruza las piernas con una lentitud ritual... y exhala. No por la boca, sino por algo más profundo: una válvula del tiempo.

Y entonces sucede. No es un ruido. Es una presencia.

Una onda térmica recorre el habitáculo. El aire se espesa, se vuelve viscoso, amarillento. El olor —inescapable, milenario— se despliega en capas:

- **Primera nota:** humedad de trinchera bolchevique, con toques de pólvora mojada y vodka agrio de cuartel.
- **Corazón:** estiércol de caballo estepario, sudor de fraile en ayunas, y el leve regusto metálico de una moneda tragada en 1835.
- **Fondo:** descomposición lenta de ideologías fracasadas... y una pizca de cinismo puro, sin diluir.

El sistema de ventilación del microbús entra en pánico. Las luces parpadean en rojo. Una voz automatizada susurra:

—Nivel de contaminación ontológica: crítico.

Se abre automáticamente una trampilla en la cabina. Maty se coloca la máscara anti-guerra química y enciende los ventiladores de emergencia.

La purga colectiva

Lola deja caer el móvil. Sus ojos se llenan de lágrimas reales —por primera vez sin filtro. —¡No es justo! ¡Esto no estaba en el *brief* de contenido!

Y vomita sobre su capa de “ansiedad tejida a mano”.

Bro, de rodillas en el pasillo, exhala una nube de “aurora boreal” mezclada con bilis. —¡Era perfidia... no esto! ¡Esto es traición!

Su vapor se deshace como una ilusión barata.

Sartre intenta mantener la compostura, pero su estómago traiciona su mala fe. —Esto... no es libertad... es condena... en estado gaseoso...

Y vomita sobre *El ser y la nada*, que llevaba en el bolsillo como amuleto.

Simone, con dignidad estoica, se inclina hacia una bolsa de papel reciclado que Maty, previsora, había dejado bajo cada asiento. —Al menos... la náusea... es auténtica...

Escribe esa frase con la mano temblorosa, antes de perder el conocimiento por un segundo.

Helen, la única que no vomita, se quita los guantes de seda, los dobla con precisión y saca un pequeño frasco de cristal de su bolso. —Esto... es oro líquido —murmura, mientras recoge una muestra del aire en el frasco—.

Luego dicta al dictáfono: —“Proyecto Pedo Cínico: lanzamiento Q1 2026. Nombre provisional: *El Último Aliento del Poder*. Notas olfativas: decadencia histórica, metano cínico, fondo de náusea existencial. Precio sugerido: 390 pounds. Edición limitada: 666 unidades.”

Desde la cabina, Maty Timbeldown activa el Protocolo E-7: *Incidente de Origen Filosófico – Nivel Catastrófico*. Ella no se da la vuelta. No hace falta. Porque ella ya lo sabía. No por experiencia. Sino porque, como guía certificada en viajes ontológicos, su trabajo no es evitar la verdad... sino conducir a través de ella.

Diógenes, desde el fondo y con cara de alivio: —Ahora entienden. —No evito los transportes porque sea superior. —Los evito porque el cuerpo humano es un archivo de mentiras, y en espacios cerrados... las mentiras se vuelven corrupción. —Ustedes quieren viajar al origen del tiempo, a Stonehenge, al solsticio... —Pero no están preparados para el olor del tiempo. —El tiempo huele a podrido. —Y eso... es bueno. —Porque solo lo que huele a verdad... merece ser recordado.

Silencio. Solo el sonido de las ruedas en la carretera, el jadeo de Bro y el clic del frasco de Helen al cerrarse.

Minuto 43: Llegada a Stonehenge

El microbús se detiene en el aparcamiento reservado para “peregrinos de alto riesgo metafísico”. El sol, bajo en el cielo, roza los megalitos con una luz que parece salida de un sueño colectivo.

Maty se quita la máscara. Su rostro está sereno. —Hemos llegado. —El solsticio empieza en once minutos. —Les recomiendo que respiren hondo... —...pero no demasiado hondo.

Uno a uno, los pasajeros bajan, tambaleándose, con la ropa manchada, el alma expuesta, el contenido sin editar.

Solo Diógenes se queda un momento más en el microbús. —Gracias, Maty —dice, en voz baja. —No por traerme. —Sino por saber que no necesitaba que me trajeras.

Ella asiente. —La próxima vez... trae tu propio tonel. —Y una ventana.

Él ríe. Por primera vez en siglos, una risa que no es cínica, sino humana.

La fiesta del solsticio

El círculo de piedras se ilumina con antorchas de Ikea disfrazadas de fuego ancestral. Los druidas improvisados reparten coronas de flores: margaritas frescas mezcladas con plástico fluorescente, que brillan como si fueran reliquias de un festival pop.

Un coro de voces entona cánticos en un idioma arcaico que nadie entiende, pero que suena solemne. Los turistas asiáticos, fascinados, graban cada gesto con móviles de última generación, aplicando filtros que convierten las piedras en hologramas celestes. Algunos se arrodillan con devoción, otros sonríen como si asistieran a un espectáculo teatral.

Las túnicas de lino se mezclan con chaquetas de poliéster. Los collares tintinean entre cuentas de madera y abalorios de bazar. El humo de hierbas secas se eleva, pero huele más a incienso barato que a ritual druídico.

En medio de todo, Vera, con su collar de margaritas y su manzana mordida, parece la única auténtica. Helen, sentada a su lado, observa el fuego y escucha. La conversación entre ellas se desarrolla mientras alrededor el solsticio se convierte en una *performance* híbrida: mitad ceremonia ancestral, mitad parque temático espiritual.

Los turistas aplauden cuando el druida arroja un puñado de hierbas al fuego. El humo desprende un olor metálico, como si el cobre oxidado de Hipatia en Dakar hubiera viajado hasta Stonehenge. Helen lo percibe, se estremece. Vera sonríe con tristeza: —¿Ves? Aunque no esté aquí, ella siempre encuentra la manera de recordarte.

La conversación

Vera (dando un mordisco a la manzana): —¿Qué pasó con Hipatia? ¿No la habéis invitado?

Helen (mirando el fuego): —No es eso. Está sufriendo indigestión por óxido de cobre. Y además, está un tanto... indignada. Ya se le pasará. A veces aceptar la realidad es cruel.

Vera (dejando de masticar): —¿Se ha comido las monedas de cobre... otra vez?

Helen (asintiendo despacio): —Otra vez.

Silencio. Las dos miran el fuego. Los druidas siguen recitando plegarias arcaicas.

Vera: —¿Cuántas veces lleva ya?

Helen: —Perdí la cuenta después de la décima. Tal vez veinte. Tal vez más.

Vera: —¿Y nunca te has planteado... no sé... dejar de provocarla?

Helen (riendo sin humor): —¿Crees que lo hago para provocarla? Vera, yo hago mi trabajo. Hipatia elige cómo reaccionar.

Vera: —Tu trabajo es hundir mercados.

Helen: —Mi trabajo es sobrevivir. Y el de Diógenes también. Hipatia planta baobabs y espera que el mundo mejore. Nosotros plantamos cracs y nos aseguramos de estar del lado correcto.

Vera: —¿Y cuál es el lado correcto?

Helen (mirándola fijamente): —El que sigue vivo cuando todo se derrumba.

Vera da otro mordisco a la manzana. Mastica lentamente.

Vera: —Hipatia también sigue viva. Después de Alejandría. Después de las hogueras. Después de cada crac que habéis provocado.

Helen: —Sí. Pero ¿a qué precio?

Vera: —El mismo que tú, Helen. Solo que ella sangra por la boca. Y tú... tú sangras por dentro.

Helen no responde. Porque Vera acaba de clavarle algo que no esperaba.

Helen (después de un largo silencio): —¿Crees que debería ir a Dakar?

Vera: —No. Creo que deberías dejar de contar cuántas veces se come las monedas.

Helen: —¿Y entonces qué hago?

Vera (ofreciendo el último trozo de manzana): —Come. Respira. Mira las piedras. Y acepta que Hipatia tiene razón... aunque tú también la tengas.

Helen toma el trozo de manzana. Lo mastica despacio. Por primera vez en 3.000 años... No tiene respuesta.

Flatulencia pedagógica

Sartre fuma. Simone escribe en su libreta aún manchada de vómito del microbús. El ritual sigue al fondo: turistas aplauden margaritas plásticas ardiendo en antorchas de Ikea.

Sartre (mirando hacia donde está Diógenes, junto al trilito): —Ya lo entiendo.

Simone (sin levantar la vista): —¿El qué?

Sartre: —Que el viejo siempre está. Nunca va. Y mejor así. Porque cada vez que se mueve... nos deja el estómago del revés.

Simone (sonríe, con ironía): —¿Acabas de llamar “sabio” a un viejo pedorreta?

Sartre (encogiéndose de hombros): —Sabio no sé. Pero práctico, seguro. Si puede llegar primero al hotel, mejor. Así nos ahorraremos otra de sus demostraciones fétidas.

Simone (arqueando la ceja): —Jean-Paul, te está afectando la náusea.

Sartre (serio, apagando el cigarro): —No. Es que ya no necesito más pruebas de que va a su aire. Y que por donde pasa... a veces provoca vómitos.

Simone ríe, suave, y vuelve a escribir en la libreta: —“La náusea no es metáfora. Es flatulencia pedagógica.”

Sartre la mira, y por primera vez en décadas... no enciende otro cigarro.

Simone (con media sonrisa irónica): —Está bien, Jean-Paul, ser existencialista por convicción conlleva responsabilidades. Habla con él tú mismo, pero de buenas maneras.

Sartre asiente, se levanta y camina hacia Diógenes, que permanece de espaldas, mirando el trilito.

Diógenes (sin girarse, con voz tranquila): —No es necesario que hables, Jean-Paul. Sé lo que vienes a pedirme y lo entiendo. Espero que vosotros también entendáis que no suelo viajar en transportes colectivos. Primero, porque no los necesito. Y segundo, por puro gesto de compasión ajena.

Se gira apenas, con una sonrisa cansada: —Así que podéis partir sin mí. Os estaré esperando en el hotel, como siempre.

Manuel Piñeiro

Noviembre de 2025